

LADISLAO GRYCH

EL MENSAJE DE LA PAZ ⁽⁹⁾

Para mis hermanos que llevan el Nombre
de la Virgen de Fátima.

Un tiempo muy agitado; no bien termino el escrito sobre Moisés, paso en limpio las reflexiones de la Novena en Metán; pero también sigo con la novena de la Virgen de Fátima; me apuran la ansiedad y el tiempo; quiero terminar el texto cuanto antes.

Voy a predicar en un ambiente conocido sobre la Virgen con su Mensaje en su Santuario, en la Parroquia de Nuestra Señora de Fátima, en Santa Rosa de la Pampa, del 9 al 17 de octubre de 1993.

PREFACIO

La novena es un tiempo de oración, de espera.

Me toca predicar la Novena de la Virgen de Fátima; es una buena experiencia para mí y para la Comunidad que con respeto lleva el Nombre de la Virgen.

La Virgen de Fátima lleva un misterio que aún no sabemos descifrar, y volvemos con insistencia a lo que Ella nos había dicho. Han pasado setenta y seis años y estamos frente a un misterio que no nos deja tranquilos, mientras la Virgen viene con la paz para la humanidad doliente.

Fátima es un reclamo para nuestro tiempo, con el mensaje que sigue vigente; pero el hombre actúa como si no fuese dicho para él, o como si no lo escuchase; y quizás, lo logra por un tiempo más.

Me pregunto por Lucía: pasan los años y ella con su misión; ¿no es que siga viviendo, hasta que sea necesario, y que se cumpla la obra del Señor? Pues ella vive, mientras que Jacinta y Francisco se fueron sorpresivamente.

La Virgen busca la paz para la humanidad, en un tiempo muy oportuno, para que el Señor nos salve.

A la vez, reclama la respuesta; y no sé si los hombres se la habían dado; pues si dicen que sí, ¿es la respuesta que busca el Señor, que no se conforma con cualquier cosa? Porque no es sólo la cuestión de algunas expresiones, sino más bien, de un corazón entregado que responde de verdad.

Si no respondimos al Señor, ¿qué podemos esperar?

No obstante, la paz anunciada por la Virgen, algún día llega. En fin, la Palabra del Señor no cae en vano; y la que hoy no halla respuestas, mañana tendrá más fuerza aún, y será clara

en el tiempo que viene, cuando el hombre la comprenda.

Tengo en cuenta los textos del Evangelio que corresponden a los días de la Novena, que nos ofrece la liturgia; y éstos marcan los temas de las reflexiones, al estar en sintonía con el Mensaje de la Virgen.

Santa Rosa, 13 de octubre de 1993

1. FELICES LOS QUE ESCUCHAN LA PALABRA (Lc 11,27-28)

a. DIOS MÍO, YO CREO

Fue la primavera del año 1916. Los niños estaban jugando, mientras un fuerte viento sacudió los árboles. Al levantar sus cabezas vieron a un joven envuelto en luz, un ángel de gran belleza, que vino a encontrarse con ellos.

"No temáis, les dijo. Soy el Ángel de la Paz. Orad conmigo."

El ángel se arrodilló y les hizo repetir tres veces la oración:

"Dios mío, yo creo, adoro, espero y te amo. Te pido perdón por los que no creen, no adoran, no esperan y no te aman"

"Orad así. Los Corazones de Jesús y de María están atentos a la voz de vuestras súplicas."

A partir de aquel encuentro, los niños oraban cada vez más.

"Dios mío; yo creo, adoro, espero, y te amo".

¿Qué más debo hacer para expresar lo más hondo de mi ser? Pues sigo repitiendo la oración, mi interior vibra; no sé si la digo o más bien, percibo la frecuencia que es honda, y mi corazón responde al presentirla; no sé si lo digo o es que mi interior acoge al Señor en la profundidad, y lo contempla.

La oración tiene su propio sentido; y no es para llenarnos de habladuría, sino más bien, por su fuerza y su expresión, nos transforma en vida cada vez más espiritual; pues en algún momento, sentimos que la expresión se hace vida; no sólo la dicen nuestros labios, sino lo hace nuestro corazón.

Así es; los que saben orar, lo ven; otros hasta consideran aburrida ésa oración que había despertado muchas vidas.

¿Cuál es la oración que repito con frecuencia, que vibra en mi corazón y aún, la siento como una necesidad, como el agua que debo tomar?

Es importante tener su oración como el pan de cada día, que nos llega con frecuencia; la que no sólo no nos molesta, sino es necesaria; y viene sola y entra cada vez más en el corazón. Cuando uno la tiene, ya no se despide de ella; es la que hace respirar al espíritu.

Hoy, no se habla mucho de las jaculatorias, pero lo que llama la atención es que en los ambientes que no se consideran cristianos, aún con fuertes tendencias espirituales, el modo de orar con las jaculatorias es respetado; y es como entrar en la oración.

Algunos prefieren hablar de la oración espontánea, y que el espíritu se abra como por su cuenta; pero, ¿cómo lo logra? Es que los esfuerzos suelen ser como un intento, para poder expresar las vivencias, que aún no están en armonía con la vida interior.

No quiere decir que tengamos muchas jaculatorias, pues nos confundiríamos aún más. Pero al repetir alguna de ellas, con insistencia, podemos llegar a la vivencia que hará vibrar al corazón, preparándolo para la expresión aún más honda; y si aún nuestro interior no vibra, es porque hay que esperar, y la oración debe tocar a muchas cosas, las que debemos vencer.

La oración despierta al Señor, y Él nos hace vencer lo que impide su presencia cada vez más profunda, más eficiente. Si repito miles de veces "te amo", algún día, amaré al Señor; Mientras tanto, Él sigue venciendo los obstáculos en la hora propia de su Vida y de nuestra realidad.

Algunos maestros de espiritualidad se proponían a enseñar el modo de orar una jaculatoria o una palabra, por ejemplo, la palabra "Jesús". Al mismo tiempo, la vida se iba enfrentando ante el Señor o más bien, iba experimentando su Presencia en medio de toda la realidad.

Los maestros intuyen el modo y la frecuencia de orar, y van preparando el camino para que la oración llegue al corazón.

Aún enseñan cómo orar, cuando cumplimos con las tareas; pues si la oración se proyecta, las tareas no la impiden, al contrario, ella las transforma y las sacraliza.

b. ALGÚN DÍA, RESPONDERÁN AL SEÑOR

Los que escuchan la Palabra, algún día, responden al Señor; pero deben oírla de veras, y aún queda mucho tiempo para sentir su Voz, en medio del corazón.

Purifícame, Señor, para que pronuncie tu Sagrada Palabra; y que ella no se pierda entre mis labios.

Si llega a mi mente muy cansada, dispersa, que no se quede perdida en medio de las confusiones que llevo; y si toca mis sentimientos, que no sea tan sólo como uno más.

Sé que quieres llegar a mi corazón, y no importa que tardes, mientras vas traspasando todas las vivencias.

Te interrumpo como un niño caprichoso, casi te distraigo; no obstante, tú buscas el camino directo a mi corazón.

Hoy, ya espero a que llegues cuanto antes.

La oración es tu Palabra, Señor, cuando la pronuncio con mis labios; tu Palabra entra hasta que alcance su propio destino, hasta la profundidad de mi corazón; pues si estás, mi interior se transforma en una nueva Vida.

La oración es tu Palabra que voy descubriendo, mientras me canso y me cuesta hacerla, hasta que descubra su gusto y la fortaleza que contiene; y Tú eres la Vida, mientras estás.

Felices los que escuchan tu Palabra.

Pero, ¿cuándo llegaré a oírte, si estoy tan sordo y distraído? ¿Cuánto tiempo necesitas Señor, para poder encontrarte en medio de tu Palabra?

Lo que sé, Señor, es que hasta que no llegues a mi corazón, no te escucho; mis oídos no te escuchan y mis ojos no te ven;

pues tan sólo puede verte mi corazón, el que tú sanas.
Ahora, quiero ser feliz, al oír tu Palabra; Tú lo sabes desde siempre, yo deseo vivirlo hoy.

¿Cómo podría oír tu Palabra, si mi corazón está en el mundo, muy distraído por las cosas que voy llevando?
Mis vivencias, que no son tuyas, ocupan mucho espacio, y si tú quieres llegar, ¿cómo te responderé?
Pues, ¿cómo podría escucharte, en medio de la fiesta, pero sin ti?; no te veo, Señor; tan sólo llevo un recuerdo de ti, aún como una cosa perdida; pero por algo vienes, porque sigues reclamándote.

¿Cuánto tiempo tardaré para poder escuchar tu Palabra, en el bullicio de mi vida?; si en el principio, aún no sabía que me hablabas, con el tiempo, te iba descubriendo.
Ahora, también puedo ver las cosas que me inundan, que no tienen que ver contigo, Señor; y a pesar de todo, me das fuerzas para luchar.
¿Para qué me diste toda tu gracia?; ¿para usarla mal, contra tu Proyecto en mi vida?; hoy, lo veo con claridad.
Miro las nubes que cubren tu cielo, Señor, veo las tormentas rondan mi vida; los hechos que sólo son obstáculos, para ti, mientras quieres entrar; ¿cuánto tiempo tardarás?

A muchas de las realidades, las comienzo a ver; antes no me daba cuenta de ellas.
Del día que presiento tu Presencia, Jesús, me doy cuenta de cuántas cosas van apareciendo en el camino a mi corazón, y que te frenan y te impiden entrar; y no quieres tocar nada de mi herencia, sino esperas.
El tiempo vendrá, quizás, no sea muy tarde; te ruego, Jesús, que seas paciente conmigo.
Estoy perdido en medio de mis vivencias que sólo me pesan; sé paciente conmigo, Señor.

Hay un camino que el Señor sigue abriendo a mi corazón; le cuesta penetrar mi oscuridad; y si la veo, es porque su luz me acompaña y comienza a iluminar mis tinieblas.

Detengo mi vista para mirar, y no puedo ver en medio de mi realidad; no obstante, si quieres Señor, ella se pone en medio de tu luz.

Sólo veo una pequeña parte de tu gran Luz; viene como un amanecer que podría ser maravilloso, cuando el sol abra las tinieblas de mi mundo.

¿Cuánto tiempo tardarás?

Es tu tiempo, Señor, la oscuridad es mía; por el momento, me haces ver mi oscuridad y, a pesar de ella, llegas a mí.

No sé si la vences, antes de llegar a mi interior; sospecho que no; pero se te abre un pequeño paso en medio de mi mundo, por donde sigues llegando; lo percibo y se alegra mi corazón.

Ahora, sé que llegarás a mí; es tu destino, mientras sigues encarnándote en el mundo, por tu Palabra que sigue naciendo en medio de la oscuridad; y yo soy parte de ella.

Por hoy, llegas a mí; aún no vences toda mi oscuridad, al llegar a mi interior, sino se te abre un pequeño espacio por donde me sigues inspirando, con tu Palabra.

¡Qué gran gracia es ver cómo tus rayos pasan entre mi vida para alcanzar mi corazón!

Si te veo un poco, mi corazón desea verte y sentir tu calor. Tu Luz da calor y da vida; por lo menos, que llegues como un pequeño rayo del Señor; no te pido más.

Mientras mis tinieblas me rodean, me conformo con tan sólo un rayo de tu Luz. De esta manera, se forma un pequeño hilo que nos une, y se abre un sendero por donde caminarás...

2. JESÚS, UN INVITADO (Mt 22,1-14)

a. HAGAN SUS SACRIFICIOS

De pronto apareció el ángel un día de verano; fue el ángel de la paz. Y dijo a los niños que orasen mucho, porque Jesús y María tenían sus designios sobre ellos, mientras hiciesen sus sacrificios. De esta manera, el Señor llegaba a sus corazones sensibles para la gracia, por lo que Él esperaba de ellos.

¿Qué esperas, Señor?

Ofrezcan los sacrificios; ¿qué sacrificios, y cómo?

Vendrá paz a vuestra patria y terminará la guerra.

¿Qué modo de hablar tan extraño!

¿Cuánta fuerza en los sacrificios, cuando el corazón ama!

Pues, el Señor se ofrece a sus amigos, por más pequeños que fuesen; pero ¿quién es grande y quién es pequeño?; ¿cómo se ven las cosas ante el Señor?

¿Por qué los sacrificios tienen tanta importancia?

¿Quién puede darnos la luz, si no es el mismo Señor?

Los niños no sabían qué hacer, pero deseaban responder al Señor, mientras que Él les iba preparando para la oración y los sacrificios; en medio de una intuición sincera, llena de gracia, surgían las vivencias en sus corazones.

Si en la profundidad de sus vidas hubo un gran amor, ¿quién podría negarles la grandeza de la obra del Señor?

Los sacrificios valen tanto cuanto amor contienen, y casi no tienen valor tan sólo formas exteriores; valen la generosidad y el corazón, mientras expresan el amor y la entrega por lo que el Señor espera de las vidas.

El que ama, sabe expresarse; en otro caso, su actitud sería fría, forzada y casi sin sentido.

Un corazón encontrado se encamina hacia la plena entrega de

su vida ante el Señor.

Se habla mucho de los sacrificios de los niños; se les enseña a responder por amor a Jesús, a la Virgen; aún se trata de despertar sus corazones sensibles para la felicidad en medio de la entrega al Señor y, de este modo, Jesús les hace crecer en la Vida.

La entrega no tiene límites; comienza muy temprano, por las cosas pequeñas que, con el tiempo, serán grandes, pues el Señor nos encamina hasta que, algún día, entreguemos la vida con un amor más profundo.

Los sacrificios surgen con la oración que moldea el interior, y lo predispone a ofrecer al Señor lo que Él espera de un corazón que ama, un camino en medio de la vida que se aclara en la medida en que nos abramos para el Señor.

Entonces, comenzamos por los sacrificios, por más pequeños que fuesen, para llegar a la entrega; si lo hacemos desde una edad temprana, la gracia del Señor se proyecta aún más.

Señor, quiero buscar en mi vida lo que hago por ti; y que no sea que yo esté en mis cosas, que no tienen que ver con tu modo de proyectar, pues mi vida se fue lejos de ti y tiene su propio rumbo.

Si no sé hacer nada por ti, es porque mi corazón está en otras realidades por las cuales me sacrifico. Me niego a hacer por ti, me rebelo ante tu Proyecto, mientras sacrifico mi vida por las cosas del mundo, absurdas, pasajeras; no obstante, no lo veo ni lo comprendo.

Déjame ver, Señor, cómo respetas los sacrificios que nacen en los corazones puros, con tu modo de valorar tan distinto al de los hombres. Mientras el mundo cree en su fuerza, estás con tu Proyecto, aún asumes los pequeños sacrificios de los niños: tan pequeños para nosotros y tan grandes para ti.

Hoy, me lo muestras para que, algún día, lo comprenda.

b. ÉL OBRA EN LOS CORAZONES

La luz del Señor llega al corazón, enfrenta todas las tinieblas de nuestro interior, se anida como la semilla en medio de la tierra, o como una chispa en los leños; es que esa Luz inicia la transformación.

Recién entonces, Jesús nos hace ver qué grande puede ser su Obra, si llega a abarcar a toda la vida.

Nuestro interior se proyecta como el centro de la Vida.

Pero la Vida es del Señor; si sentimos su Presencia es porque Él se nos hace ver; ahora, como si estuviese más presente: delante de la vida, detrás de ella y aún, en función de lo que vivimos; está en los cimientos de nuestro ser.

No sé cuánto tiempo necesitamos para descubrir la Presencia del Señor, y que fuese fuerte e inequívoca.

En ese tiempo de luchas, de búsquedas y de dudas, todo se propone como un largo camino para poder encontrarnos con el Señor de nuestro corazón.

Es cierto que, algún día, la luz cae del cielo y de repente, se abre, nos sorprende, nos asusta; es Jesús que nos asusta con su Presencia en medio de nuestro corazón.

En un momento que pareciera sin importancia, no obstante, bien previsto por el Señor, nace la Vida en lo más profundo de nuestro ser; por ese nacimiento Jesús ha venido al mundo.

Es la Gran Presencia que se va sembrando, el mismo Jesús la proyecta; y si bien, es su gracia, le lleva mucho tiempo entre luchas y penas.

Los que logran vivir el milagro de la Presencia de Jesús, han luchado en medio de la oración y los sacrificios; y luego, saben buscar a Jesús, antes que cualquier otra realidad en sus

vidas; pues si Él nos habla de mil maneras, prefiere hacerlo en la profundidad del corazón; y de este modo, es entendible, claro.

Los que descubren a Jesús en sí mismos, quieren hablar de Él, y su modo de anunciarlo es convincente y fuerte.
La Palabra brota en su interior, de tal modo, que despiertan el deseo de encontrarlo; así, Él entra en los corazones.

Jesús traía el Fuego de su Presencia, quería que prendiese en cada corazón, cuanto antes, que su Vida tomase las vidas, como el fuego que abrasa los leños, hasta que tomen formas que Él quiere, en el tiempo suyo.

¡Cómo quisiese sembrar el Fuego de Jesús, en la hora de la sed del Señor!

¡Ojalá, Él tome las vidas, que llegue a sus entrañas!

¡Cómo quisiera sembrar el Fuego de Jesús en el mundo!

¿Quién podría comprender que aún, luego de tanto tiempo, muchos cristianos son como piedras que se defienden contra el Fuego de Jesús? Y es porque hallan su propio camino, las piedras encuentran su modo de sobrevivir.

Muchos cristianos toman ciertas formas exteriores de vida, y no permiten que Jesús entre en sus corazones; por eso, están fríos por dentro, aún envueltos con una dura coraza.

Y Jesús es como si no pudiese entrar, el Omnipotente sigue esperando.

Muchos de los cristianos no creen en el cambio que Jesús podría realizar, acostumbrados a vivir como pueden, ya sin soñar ni esperar.

Sólo los que lo aman, están dispuestos a abrir su casa; y al dejarle entrar, le permiten a Jesús que haga lo que Él quiera, pues, Él siempre está por nuestro bien, no por el proyecto del

hombre; está por un verdadero valor, muy lejos de nuestros intereses particulares.
En fin, quien acepta a Jesús, debe arriesgar.

3. EL SIGNO DE JONÁS (Lc 11,29-32)

a. EL CÁLIZ Y LA HOSTIA

Hubo un fin de setiembre o un comienzo de octubre, a un año de la aparición de la Virgen: el ángel apareció una vez más.

Los niños iban repitiendo la jaculatoria; al levantar la mirada, reconocieron al ángel: llevaba un Cáliz en la mano izquierda y sobre él, una Hostia de la cual caían gotas de Sangre, y se juntaban en el Cáliz.

Antes de entregarlo a los niños, repitió tres veces la oración: "Santísima Trinidad, Padre, Hijo y Espíritu Santo, te adoro profundamente y te ofrezco el Preciosísimo Cuerpo, Sangre, Alma y Divinidad de nuestro Señor Jesucristo, presente en todos los Sagrarios del mundo, en reparación de los ultrajes, sacrilegios e indiferencias con que Él mismo es ofendido. Y por los méritos infinitos de su Sagrado Corazón y del Corazón Inmaculado de María te pido la conversión de los pobres pecadores."

El ángel entregó la Hostia a Lucía, y dio de beber del Cáliz a Jacinta y a Francisco, y volvió a repetir tres veces, la misma oración.

Así, el ángel prepara a los niños, para el gran acontecimiento que les espera; les ayuda a crecer espiritualmente: comienza con la oración que brota como agua del corazón, luego, les enseña los sacrificios que expresan el amor y ahora, sella sus vidas con el Cuerpo y la Sangre de Jesús, para la misión que será grande, en medio de una vida temprana.

Con estas vivencias: la oración y los sacrificios que surgen del corazón, y la participación del Cuerpo y de la Sangre de Jesús, se abre el espacio para la vida cristiana; y no es sólo la cuestión de las formas exteriores; lo que importa, es que el

espíritu esté fundado en el Señor.

Los cristianos buscan la reconstrucción de la vida sobre los cimientos del Señor, entregan generosamente sus vidas a su servicio y a estas vidas, Jesús las alimenta con su Cuerpo y su Sangre.

Mientras nos entregamos al Señor, aún fortalecidos con el Cuerpo y la Sangre de Jesús, la Vida se predispone a servir al Señor, donde todo tiene un nuevo valor y supera lo humano; y Él nos prepara para una entrega que apenas entendemos.

Al estar al servicio del Señor, toda la vida está empeñada por una realidad que ni siquiera la busca. A la vez, lucha por los hermanos que parecen perdidos. Nuestra vida desea elevarse ante el Señor, para cumplir con lo que los otros no hacen, en reparación de las vidas. Está entregada por aquellos que no buscan al Señor, para que, algún día, lo encuentren.

Es importante saber que se salvan los hermanos, porque Jesús entrega su Vida; pero Él quiere que nos entreguemos por ellos, transformados por su Vida, su Cuerpo y su Sangre.

Es una gran misión; pero la entienden aquellos a quienes Jesús transforma con su Amor, mientras Él les da un corazón que se entrega por Jesús y por los hermanos.

¡A cuánta transformación experimentamos, para llegar a ver que la vida tiene sentido, porque en el Nombre de Jesús, se entrega para la salvación de los hermanos que no la buscan ni la piden, y pareciese que no la necesitan!

No obstante, ellos van a descubrir el sentido de la Ofrenda de Jesús y de la de nuestras vidas, por la salvación de ellos y del mundo entero.

b. EL SEÑOR RECLAMA

Tus signos son claros, Señor, y los estoy cuestionando; pero es cierto que tengo buenas intenciones.

Aún, me siento cómodo con mi postura, no quisiese cambiar nada de mi vida; estoy bien con lo que hago, me acostumbré a vivir; entonces, ¿quién puede reclamarme?
Si viene del hombre, no tiene derecho; si es de Dios, ¿quién sabe si es Él que reclama?
Tus signos son preclaros, Señor; pero tengo mi modo de ver y llevo mis propios juicios.

Apareces, Señor, en la hora inoportuna, casi me molestas.
Quieres entrar en mi vida; parece que aún insistes, mientras busco lo mío; no puedes entrar ni forzar de este modo.
Pero Él no espera más; y me habla de un modo que me sorprende; ¿por qué me habla así?
Me muestra, me reclama; ¿por qué con tanta insistencia?
Parece que el mismo Señor está contra mí.

Yo vivía bien, buscaba mi vida; tuve mi proyecto que giraba por mi mente; y parecía que estaba en paz.
Entonces, ¿por qué vienes, Señor?
¿Debes reprocharme, si estoy bien con lo mío?
¿Es cierto que me reclamas?
Si cumplo los mandamientos y voy poniendo la limosna para los pobres, ¿qué más quieres, Señor?
¿Acaso no estoy en lo que esperas de mí?

Hace tiempo que estoy así; mi vida es un largo camino.
Estoy en mis cosas y ni siquiera le pregunto a mi Señor.
Lo que hago, ¿es lo que Él quiere de mí?
¿Es su Proyecto sobre mi vida?
Y mi vida corría; hasta aquí llega.
¿No sé si sentí al Señor, de compañero, de amigo?
¿Cómo estoy con Él?
Si pienso en mi vida, parece que estoy bien, pero empiezo a pensar en Él y lo que puede esperar de mí, y no estoy en paz.
No sé si hago lo que Él quiere, no estoy seguro.

Voy huyendo del Señor.
Si pienso en Él, me lleno de cualquier pensamiento.
En lo más hondo, presiento que sigo huyendo de su mirada.
Parece que no lo podría mirar con los ojos serenos.

Tantas veces, me parecía que el Señor quería otra cosa, que yo no estaba bien con Él, por lo que hice.
Pero quise seguir en medio de mis proyectos, mientras que la vida me iba llevando por el camino de mis ambiciones.
Quise hacer mis cosas, más allá de las intenciones del Señor; hasta utilicé su Nombre, pero los proyectos eran míos.
Si soy sincero conmigo, aún tengo luz para ver la verdad que es ésta: hoy, no veo su cara ni quiero verla.
Aún escucho su Palabra: es la misma, me insiste: conviértete.
Sé que está dicha para mí; y estoy entre aquellos por los que reclama el mismo Señor.

Antes, me parecía que la conversión era para las prostitutas y los ladrones; y que le había dado la respuesta al Señor.
Si ellos no le responden, hasta tengo derecho de recordarles el reclamo; yo, ante los injustos que comen pan sin gracia.
Hoy, me parece que el Señor me habla.
No sé de qué debo convertirme, pero Él me reclama.
Me dice que lo haga, para que Él pueda reinar en mi corazón.

El Señor obra, para que yo inicie el camino de la conversión.
Él está en medio de mi vida de un modo claro.
Si digo que no lo veo, me miento a mí mismo.
Quizás, mientras otros no ven los signos del Señor y los veo, es porque soy yo, el que debe responderle.
Ya no quiero mentirme más.

Luego, el Señor nos da nuevos signos.
Si no le respondo hoy, mañana serán aún más fuertes; y la vida será testigo de las cosas que debo ir asumiendo.

Y nuevamente, estaré frente a otros signos del Señor.
A veces, los considero como un castigo, por no darle aún la
respuesta; es como si la vida se pusiese contra mí.
Ojalá, algún día, responda al Señor.

4. LA PUREZA INTERIOR (Lc 11,37-41)

a. MÁS BRILLANTE QUE EL SOL

Aparece la Señora más brillante que el sol en una pequeña encina; ¿quién es ella que viene en esta hora?

“He venido para pedirlos que vengáis aquí seis meses seguidos, el día 13 a esta misma hora. Después diré quién soy y lo que quiero.”

“¿Queréis ofrecerlos a Dios para soportar todos los sufrimientos que Él quisiera enviarlos como reparación de los pecados con que Él es ofendido y de súplica por la conversión de los pecadores?”

Pues, los que se entregan al Señor, soportan mucho; pero antes, deben ofrecerse a Él.

¿Qué quiero decir cuando digo: me ofrezco a Dios?

Por el momento, sé qué es entregar una rosa a la persona que amo, o dar mi tiempo para quien está enfermo y me necesita; qué es desprenderme del dinero, si me aferro a él.

Podría contarte otras cosas, Señor.

A veces, busco cómo justificarme, me explico a mi manera; sinceramente, me cuesta ofrecer, y cuando lo hago, no es lo que quiero dar de mí, y me conformo con algunas cosas.

Pero, ¿qué significa ofrecerse al Señor?; mientras me vuelve esta pregunta, parece que no deseo ver la respuesta.

¿Por qué no quiero buscarla?

Me apresuraba en decir: te ofrezco, Señor, mi vida.

Soy como un niño que habla de grandes cosas, pero que las entiende a la altura de su vida; mañana se dará cuenta de las palabras y de sus intenciones; no obstante, no puede dar más de lo que comprende.

Me he apresurado en decir a Dios grandes palabras y tan sólo las dije; pero, ¿fue mi intención, me acostumbré a decir

cosas sin sentir su importancia?

Hoy, estoy con mi vida, lejos de ofrecerla; si me doy cuenta de mi realidad, esto también es una gracia del Señor.

El ofrecimiento se funda en el amor; quien ama, ofrece más; no sirve la palabra que no se hunde en el corazón.

Si amo al Señor, le ofrezco lo que soy y, al entregarme, mi interior vibra suspendido en Él.

Aún no lo comprendo, Señor; si te entrego los pedazos de mi vida, deseo ofrecértela cuanto antes.

Busco tu luz, para poder ofrecerte a ti.

Los que se ofrecen al Señor, sus vidas quedan en sus manos por la salvación del mundo; cuanto más se entregan al Señor, tanto más se entregan al mundo.

Porque venimos aquí, para entregarnos por los hermanos: el Padre ofrece nuestras vidas al mundo que nos necesita; Jesús transforma nuestros corazones, al compartir con Él, su Vida; y El Espíritu está sobre nuestra misión.

Señor, ¿cuánto tiempo necesito para ver lo que deseas de mí, cuántas guerras pasar, y cuántos cuestionamientos tengo que ver para enfrentarlos? Pues, todo es necesario hasta que abras mi corazón, para poder entregarte mi vida.

Entonces, la vida vuelve a su cauce, tu amor la encamina.

Encontraré tu inspiración, tu luz iluminará mis pasos que aún serán tuyos; y veré que mi vida tiene tanto sentido cuanto entrega a mis hermanos; pero será la que nace en el Señor.

Ahora, deseo entregarte mi vida, mientras me encaminas a una entrega plena por los hermanos.

La Señora, más brillante que el sol anticipó a los niños que iban a sufrir mucho; fue el modo de compartir con el Señor, la salvación de la humanidad, pues la Obra del Señor opta por el camino de dolor.

Es el hombre que se opone al Proyecto del Señor y emplea sus modos, incluyendo la violencia y el odio. No obstante, el Señor abre el camino y las cosas llegan como Él quiere, no como las espera el hombre. Si la lucha entre el Señor y los hombres es larga, la gracia de los Cielos es más evidente aún.

Luego de tantos años, los sufrimientos de los niños hablan por sí mismos al mundo; el grito es muy fuerte.

b. ¿CÓMO MIRO A MI HERMANO?

¿Cómo veo a mi hermano?; ¿soy el fariseo que sólo mira las manos sucias, o como Jesús que lee el corazón?

No me olvido de las manos de mi hermano, pero al ver su corazón, la pureza que le viene del Señor, no me desespero por sus manos; entonces, encuentro el lugar para cada cosa; toda la realidad tiene su verdadera importancia.

¡Qué distinta es mi mirada?

¡Qué lejos, estoy de lo que es Jesús!

¡Cuánto debo caminar, para poder mirar a mi hermano como Él lo mira!; ¡cuántas cosas debe cambiar Jesús en mi corazón tan pobre, aún no dispuesto para que Él obre de veras!

¿Dónde están mis hermanos?; no los veo.

No es que ellos no estén; no obstante, mi corazón ve sólo las debilidades, los tropiezos, y no llega a lo que debe ver.

¡Qué lejos, estoy de Jesús!

Jesús está dispuesto a enseñarme a ver a mis hermanos, con amor, con respeto y comprensión, con la mirada que sabe alcanzar el corazón.

Si lo aprendo, encuentro los corazones que quieren amar, los que están apagados, no obstante, desean despertarse; pues, con mi modo de actuar, ellos resurgen al verse comprendidos por Jesús, que viene en esta hora de sus vidas.

Quien tiene un corazón puro sabe mirar bien.
La pureza está en la mirada que se vuelve transparente; y la
mirada se transforma en un gran deseo que despierta la vida
de modo, que el hermano lo percibe y se sorprende.
Con sólo mirar el corazón, el hermano resurge.
La mirada es la que despierta un nuevo rebrote, en medio de
las muertes que encierran la vida en la oscuridad.

¿Por qué no sé mirar a mi hermano, de modo como Jesús?
¿Es sólo mi maldad, o es mi ceguera?
Por hoy, mi corazón no sabe hacerlo; y no se atreve a pedir a
Jesús que lo sane, ni se permite abandonar en sus manos.
¡Cómo cambiaría la mirada, y adónde Jesús nos llevaría, si
Él transformase nuestro corazón!
Pues, de un corazón impregnado con la presencia de Jesús,
surge la plena visión hacia todos, sin excepción.
Entonces, Señor, sana mi vida.

¿Acaso sé mirarme a mí mismo?; ¿y cómo me ve Jesús?
¿Me pregunté alguna vez, busqué su comprensión?, ¿Me
dejé mirar por Él, sin limitar el tiempo?
Señor, me parece que no lo sé, ni sé cómo me ves; entonces,
tampoco sé mirar a mi hermano.
Tú quisiste que, desde tu presencia que se detiene en mi vida,
pudiese llegar más lejos, aún seguir mirándome a mí y a mis
hermanos, pues no hay otro camino que sea justo.

¿Qué puedo hacer hoy, qué me pides, Jesús?
No sé por qué te pregunto, si siempre estás por lo mismo; y
aún deseas que te dé tu lugar en medio de mi corazón, el que
reclamas. Si lo pides ahora, es porque es tu modo de actuar;
humildemente, reclamas tu lugar y es por mi bien, para poder
sanarme.
Como mi vida se confunde dentro de la realidad del mundo,

sigues reclamando mi corazón; pues entonces, mi vida podría ser distinta, al renacer de tu presencia.

Hasta que tú no estés plenamente en mí, y mi corazón no te responda, siempre seré un fariseo que sólo sabe juzgar.
No me extraña el fariseo, soy yo mismo que actúa así.
Si no he aceptado a Jesús, ¿qué otra cosa podría hacer?
Sólo enfrentar, cuestionar, despreciar y juzgar.
Señor, te juzgué tantas veces en mis hermanos.

5. LA JUSTICIA Y EL AMOR (Lc. 11,42-46)

a. RECEN EL ROSARIO

Desde el primer encuentro, la Virgen insiste en que los niños recen el rosario, para alcanzar la paz y el fin de la guerra; y lo dice cuando aún, la guerra no está por terminarse.

Las guerras dejan heridas y mucho dolor, que no se calman al firmar los tratados; luego los hombres deben reconciliarse, porque si siguen llevando sus desgracias, se enfrentarán otra vez, aún con más crueldad.

Nuestro tiempo no está tranquilo, aún no llegamos a la paz deseada; por eso, la Virgen insiste en que recemos el rosario.

En su segunda visita, la Virgen dijo:

"Sí, a Jacinta y a Francisco los llevaré en breve, pero tú quedas aquí algún tiempo más. Jesús quiere servirse de ti para darme a conocer y amar. Quiere establecer en el mundo la devoción a mi Inmaculado Corazón. A quien la abrazare prometo la salvación y serán queridas sus almas por Dios como flores puestas por mí a adornar su Trono".

Un reflejo de luz envolvió a los niños, sumergiéndolos.

Jacinta y Francisco parecían estar en la luz que se elevaba al cielo y Lucía, en la que se esparcía en la tierra, mientras veían a la Señora con el Corazón clavado de espinas.

Los niños entendieron todo: fue el Inmaculado Corazón de María castigado por la humanidad, el que pedía la reparación.

¿Quién supo mejor que Ella asumir a Jesús en su vida?

Ella me lleva a Jesús que quiere inundar mi corazón; y hasta que Él no transforme mi vida, aún me quedo ajeno a lo que el Señor quiere de mí.

Ahora, quiero entregarle mi corazón, pero no como le había

dicho muchas veces; luego de tanto tiempo, aún busco cómo entregárselo.

Dejo mi corazón en tus manos; y moldea como quieras, mis pensamientos y sentimientos en lo más profundo de mi ser, así como tú lo sabes.

No comprendo nada; con mi modo de pensar y de sentir, sólo podría perturbarte y ser un obstáculo para ti, Señor.

Siempre quise ayudarte, pero, de hecho, aún llevaba tu obra como yo quería; no era justo, por eso, te quedabas esperando. Hoy te dejo todo, moldea mi corazón, sólo quiero ser testigo; si quieres que te ayude, inspira mis intenciones; ya no quiero obstaculizarte más.

La gracia de Jesús envuelve nuestra vida y la penetra hasta el corazón. Jesús la asume como es, con toda la miseria; pues todo, ya toma parte en su obra, entra en su Proyecto, es útil y tiene sentido en medio de la transformación que llega a ser grande, mientras le permitimos a Jesús y nos ponemos para servirle, así como Él quiere y no como nos parece.

Su obra, si bien, comienza por cualquier rincón de la vida, en fin, se anida en el corazón para poder iniciar una verdadera transformación. Y como Jesús está en el corazón, vivimos la espera de una realidad muy grande que ya viene.

Las espinas penetran el Corazón; el mundo invade en medio de lo Inmaculado; pero no creo que para siempre; si el Señor permite que entren las espinas, es porque es su modo para salvar; aún el mundo debe entrar en las entrañas del Señor presente con su gracia; así se hunde en Él.

Y la Virgen Inmaculada viene por esta obra del Señor.

Jesús nos prepara con su gracia, para la misión, y sólo desea que nuestro corazón sea puro.

Quien ora, verá el camino por donde el Señor quiere llevarlo,

donde Él nos pone en medio de su obra.

b. LOS QUE PARECEN SER JUSTOS

Señor, tuviste problemas con aquellos que se veían justos y no lo eran; en fin, no pudiste ayudarles.

Si les decías la verdad, se enojaban, se escandalizaban; pues tus explicaciones parecían sin fundamentos; aún menos, para quienes no creían en ti, el Hijo de Dios vivo.

Pero, si condeno a los fariseos, lo que tú no haces, aún no sé que estoy condenándome a mí mismo.

A muchas cosas podrías cambiar en mí, si yo pudiese aceptar tu mirada y, en vez de ocuparme de mis hermanos, y de mirarlos mal, buscara ver mi vida; no para condenarme, sino para recuperar tu gracia, Señor.

A mis pequeñas justicias las vas derrumbando como los viejos edificios, que son casi inútiles para tu construcción.

Mis miradas que yo consideré justas, aún castigaron a mis hermanos, más de lo que me daba cuenta; soy como el niño que no toma responsabilidad por las cosas que hace.

No obstante, llega la hora cuando quieres reconstruir sobre tu mirada; y te va a costar, porque soy como el fariseo que no entiende por qué reclamas.

Tu Palabra parece exigente y no la entiendo, a pesar de que la dices con amor y respeto, porque mi corazón se fue lejos, en medio de mi falsa justicia que aún invoca al Señor como testigo; desgraciadamente, no me comprendo, Señor.

El corazón que ama hondamente, por la gracia del Señor, se impregna con Él, para pensar y sentir como Él, y ver la vida como la ve el Señor.

Muchos no llegan a comprenderlo; si no lo logran ante Jesús, no lo alcanzan frente a los hermanos; no obstante, podrán intuir la gracia del Señor.

El cuestionamiento que hacen los fariseos, no tiene suficiente seguridad; y ellos se defienden por sus propios motivos, que no son sanos.

Mientras el hombre se encierra, va a luchar hasta el fin, y no le importa quién está delante, ni siquiera el Señor; y si llega a presentirlo, igual va a luchar contra Él.

Sin embargo, el Señor tiene su hora para poder salvarlo, si es que el hombre lo busca. Quizás, si algún día lo hace, va a encontrar a Jesús con un Corazón que ama.

La justicia sin amor, no es justicia; es la muerte.

El amor da vida y vivifica.

Los que aman saben no juzgar y, de hecho, no lo hacen.

El verdadero amor nos abre a la comprensión cada vez más honda, hasta poder mirar con los ojos de Jesús, en medo de un juicio comprensivo, respetuoso.

Quien ama, sabe hablar con respeto sobre las debilidades, sin herir ni avergonzar.

Nuestro problema no consiste en hablar de los hermanos y de sus debilidades, sino es porque no lo hacemos con respeto.

Entonces, cada palabra hiere el corazón del hermano, y llega a los huesos, al espíritu. Ni siquiera nos damos cuenta del mal que sembramos, y del daño que provocamos.

Hay palabras que aplastan y hunden, mientras el hermano hace el esfuerzo para resurgir.

Me detengo a pensar qué podría significar mi vida, si supiese llevar a Jesús conscientemente, por todas partes; cuánto bien podría sembrar, casi en silencio, sin palabra.

El Señor me lleva por ese camino; quiere que mi vida sirva para Él, en el mundo de tantas muertes.

No deseo ser una tumba sólo blanqueada por fuera, sino que aspiro la Vida que es Él.

A pesar de que mi corazón es un polvo frío, en sus manos, se

hace una tierra del Señor.

¡Cómo desearía que su Vida prendiese en mí, y que creciese para abrirse a todo mi ser, y donde Él me espera!

Es justo, Señor, que vuelvas a mi corazón; pues tu Vida me justifica y mi vida se vuelve justa en medio de tu presencia. Si hay una gran injusticia que predomina, es que el hombre se ha olvidado de ti; por eso, cualquier cosa que haga sólo por su cuenta, jamás será justa; si le parece que lo es, se engaña.

Entonces, ¿para qué vivir engañándose aún en medio de un círculo que se encierra cada vez más?

Si tú, Señor, vuelves a mí, todo regresa a su lugar.

Mi vida recupera su sentido y la realidad se acomoda.

No hay otro modo para encontrarme, porque sólo tú lo haces con tu justicia.

Desde que entraste en mi corazón, hubo cambios; y también, mis hermanos ocupan el lugar que les corresponde, como tú quieres, Señor.

¡Qué distinta es mi vida!

6. EL SEÑOR OS PEDIRÁ CUENTA

(Lc 11,47-54)

a. FRENTE AL MUNDO DEL HOMBRE Y DEL DEMONIO, ESTÁ LA INMACULADA

"Sacrificaos por los pecadores y decid muchas veces, y especialmente cuando hagáis un sacrificio: '¡Oh Jesús!, es por amor a ti, por la conversión de los pecadores y en reparación de los pecados cometidos contra el Inmaculado Corazón de María" - dijo la Virgen a los niños el trece de julio, el día del Secreto.

La Virgen abrió sus manos y con su reflejo, parecía penetrar la tierra.

Los niños vieron el mundo del hombre y del demonio, aún en medio de las oscuridades y del fuego, del gemido y del dolor. Fue una visión tremenda; los niños quedaron impresionados; levantaron su mirada a la Virgen, que les habló con bondad y tristeza a la vez. ¿Cómo no hablar con tristeza, si la realidad es tan fuerte? ¿Y lo que nos espera?

"Habéis visto el infierno, donde van las almas de los pobres pecadores. Para salvarlas Dios quiere establecer en el mundo la devoción a mi Inmaculado Corazón. Si hacen lo que yo os digo se salvarán muchas almas y tendrán paz. La guerra terminará, pero si no dejan de ofender a Dios en el reinado de Pío XI, comenzará otra peor. Cuando viereis una noche alumbrada por una luz desconocida, sabed que es la gran señal que Dios os da de que va a castigar al mundo por sus crímenes por medio de la guerra, del hambre, de la persecución a la Iglesia y del Santo Padre. Para impedir eso vendré a pedir la consagración de Rusia a mi Inmaculado Corazón y la comunión reparadora de los primeros sábados. Si atendieren mis deseos, Rusia se convertirá y habrá paz; si

no, esparcirá sus errores por el mundo, promoviendo guerras y persecuciones de la Iglesia: los buenos serán martirizados; el Santo Padre tendrá que sufrir mucho, varias naciones serán aniquiladas. Por fin, mi Inmaculado Corazón triunfará. El Santo Padre me consagrará Rusia, que se convertirá, y será concedido al mundo algún tiempo de paz. En Portugal el dogma de la fe se conservará siempre, etc". **(Aquí comienza la tercera parte del secreto, escrita por Lucía entre el 22 de diciembre de 1943 y el 9 de enero de 1944.)** Esto no lo digáis a nadie. A Francisco sí podéis decírselo.

La devoción al Corazón Inmaculado de María abre una gran perspectiva para la humanidad que intenta volver al Señor, quien obra profundamente en nosotros.

El Corazón de María asume nuestras vidas, como la madre a sus hijos; porque ellos pueden volver a su Madre y, de hecho, algún día, lo hacen.

La devoción a la Virgen está más allá del razonamiento de aquellos que la ven de un modo sólo humano, confundidos en medio de sus conflictos.

Si la Virgen lo pide, es porque es un verdadero camino para nosotros. Ella no tiene sus intereses, sino el bien de toda la humanidad y la gloria de su Hijo.

Este acto de consagración al Inmaculado Corazón de María, nos lleva al gran Proyecto del Señor para nuestros tiempos, pues abre el camino para su obra, en medio de una realidad muy triste y cada vez más difícil.

La humanidad aún no asume en su corazón, el sentido de la consagración al Inmaculado Corazón de María; no lo ve como un importante camino del Señor, para que el mundo se salve en un tiempo muy confuso.

Los devotos del Inmaculado Corazón dan testimonio con su vida; están por la consagración a la Virgen, ante el mundo en

el que vivimos.

Señor, te pido que la humanidad lea tu Mensaje, que logre ver lo que dijiste en Fátima, frente a la realidad que vivimos, y la que nos queda por vivir; y aún, que todos te respondan antes de que pasen las cosas.

El hombre tiene mil maneras para aprender, cuando le hablas de la desgracia; no obstante, le cuesta escucharte. Por mucho tiempo, tu Palabra queda olvidada, y no es que no exista.

Si el mundo y los hombres quieren responderte, Señor, que busquen tu inspiración en el Corazón de la Virgen.

b. UN RECLAMO JUSTO

Tantos profetas has enviado, Señor, en nuestros tiempos, y ellos siembran tu Palabra con el fuego.

Si hace setenta y seis años que la Virgen reclama, ¿ya hemos dado la respuesta por lo que ella nos urge?

Parece que no lo hicimos como el Señor quiere.

Vino a reclamar por medio de los niños, pues ellos escuchan mejor, para ser fieles al mensaje.

Sin embargo, ¿quién va a creer a los ignorantes?

Por eso, los niños van a sufrir y entregarán su vida, como testigos del Señor.

Aún decimos que respetamos el mensaje de la Virgen; pero, ¿en qué consiste ese respeto?

Hay quienes lo tienen en cuenta, como testigos lo recuerdan, y deben hacerlo en medio de un mundo que sigue su camino, Dios sabrá hacia dónde.

El mensaje de la Virgen sigue siendo vigente; su Palabra no se queda en vano.

Esta Palabra suena más fuerte que en aquel primer tiempo;

va confirmando su sensatez, viene del Señor para el mundo muy oscuro; y mientras el mundo aún sigue oscureciéndose, crece la claridad del Mensaje.

Hay enfrentamientos entre la Palabra y la humanidad, que no se calman hasta que el hombre acoja la Palabra en su interior.

Al ver el fin de la guerra que coincidía con la aparición de la Virgen, no se podía intuir lo que iba a ocurrir en pocos años; pero una vez más, volvimos a enfrentarnos de un modo muy cruel, luego vivimos otras amenazas de guerras, de manera que no había paz ni siquiera por instantes; es que casi nos acostumbramos a vivir enfrentados.

¿Qué pasará con nosotros, con la humanidad?

¿Quién lo sabe?; parece que no hemos aprendido a vivir.

¿Cómo frenar las guerras, si los hombres las provocan?

No las queremos y buscamos cómo enfrentarnos; gritamos por la paz y construimos armas.

¿Quién entiende a este mundo que, hasta para salvarse, busca nuevas guerras cada vez más crueles?

¿Adónde quiere llegar la humanidad perdida?

Si el Señor no pone su mano, llegaremos a la destrucción.

¿Tenemos noción de la realidad, o nos acostumbramos a vivir sin pensar ni ver, ni dar importancia a lo que nos pasa?

Y como nos parece que nada podemos hacer, ¿por qué dar importancia a las cosas?

Y la Virgen nos pide rezar, casi a escondidas del mundo.

El rosario será el signo contra las desgracias; pues si vienen, será la fuerza para sostenernos y para salvarnos.

7. NO HAY NADA OCULTO QUE NO DEBA SER REVELADO (Lc 12,1-7)

a. LA CONSAGRACIÓN A LA VIRGEN

En agosto, la Virgen postergó su visita, hasta que los niños volvieran a Fátima; ya les costó mucho el mensaje; es que no podían decir nada y la gente les exigía y los amenazaba.

Son los sacrificios que llevan los niños, para que la Palabra del Señor sea clara cuando sea necesario.

La Virgen volvió triste; les dijo que rezasen y ofreciesen sus sacrificios por los pecadores; y les hizo ver que muchos se condenarían, porque no había quien que sacrificase ni orase por ellos.

Aún, volvemos al mensaje de la Virgen del día 13 de julio: todo lo que dice Ella, tiene importancia; a la vez, habla de la consagración de Rusia, que influirá en los acontecimientos de la humanidad.

Hay mucho misterio en sus palabras; como el tiempo sigue aclarando su sentido, la visión de María llega aún más lejos; y es cierto que la consagración de Rusia abre un camino para el mundo.

Y pasan otras cosas; es que vamos descubriendo el Proyecto del Señor, en medio de una realidad que destruye al hombre.

La consagración de un pueblo, o del mundo, viene por la inspiración del Señor. Llega la hora, cuando su gracia toca hasta el último corazón. Entonces sí, todo el pueblo vive su verdadera transformación.

Mientras tanto, la consagración se queda como suspendida, pero llega igual al pueblo, para preparar su propio espacio. El camino es muy lento, el pueblo vive sus oscuridades y sus penurias, pero todo tiene su fin, para que el mensaje de la Virgen encuentre el verdadero valor.

Los que se consagran al Inmaculado Corazón de la Virgen, entregan sus corazones al Señor. Se hallan en la misión que les espera, en medio de la oración y de los sacrificios; ellos, entregados al Señor, saben vivir por la realidad del mundo, en el camino de la salvación que aún es misterioso para los hombres, y tan preclaro en el mensaje de la Virgen. Llenos de paz y de amor, ofrecen su vida para salvar a los hermanos, a los pueblos perdidos, en el espacio que es confuso, y ni siquiera sabemos a dónde nos lleva la crisis de la realidad. Los que se ofrecen al Señor y se consagran a la Virgen, aún guardan un futuro de esperanzas; a pesar de que pasan por las penurias del mundo, el Señor los protege y aún, guarda a la humanidad perdida.

Dios te salve, María, llena de gracia infinita.
Siempre estás con el Señor en la misión de tu Hijo.
Hoy vuelves a mí, con tu mensaje de siempre, tan importante para nuestro tiempo; deseo estar en la obra de tu Hijo.
La misión de tu Hijo no tiene comparación; pero es como si creciese con los tiempos.
Estoy en ella, mientras rezo: Dios te salve, María.

¡Quién comprende la fuerza de la oración inspirada!
La dijo el ángel, al anunciar a Jesús en la casa de la Virgen.
Su saludo crece como la semilla; y logra ser muy grande, para resonar en los corazones de muchos que lo repiten.
¡Qué fuerza sellaste Señor, en el saludo para nuestro tiempo!
¡Cuánto bien podemos sembrar, rezando con fe, anunciando la venida de Jesús!
María, su Madre, nos pone en esta obra, y hará lo necesario, para que muchos hijos suyos se integren en este saludo, que anticipa el nacimiento de Jesús.

Nos queda rezar el rosario.

Al repetir el saludo del ángel, aún anunciamos que nuestro tiempo será del Señor.

Orar y esperar al Señor, es una gracia.

b. EL ODIOS MÁS FUERTE QUE LAS ARMAS

El hombre resguarda su oscuridad; aún sigue ocultándola, y lleva su vida reduciéndose a polvo.

Hay guerras dentro de nosotros; hay otras entre los pueblos, muy silenciosas; se las ve en los rostros y en los ojos.

El odio reprimido más fuerte que las armas, aún surge en un largo camino de la opresión; entonces, ¿quién podrá contenerlo, y hasta cuándo?

Si seguimos así, ¿qué pasará con nosotros?

El odio crece y el miedo crece; ¿hasta qué punto se pueden oprimir el odio y los resentimientos de los pueblos, si aún no vemos cómo desactivarlos?

La historia se pone pesada, el hombre no la maneja; y aún le parecía por mucho tiempo, que él conducía los pueblos.

Hoy, sólo algunos sueñan en grandes transformaciones; otros piensan tímidamente; si aún no se desesperan, es porque hay mucha insensibilidad frente a lo que podría llegar.

Lo que parecía una palabra débil, a la cual no se daba mucha importancia, hoy toma una profunda seriedad.

Fueron palabras humildes, con poco hablar querían decir lo necesario, para expresar la gravedad; la Virgen expresó lo que debía decir, quien ama a sus hijos y siendo su Madre, les advierte a tiempo; no obstante, los hijos pueden decidir y hacer lo que quieren.

La Virgen hizo lo que hace la madre, cuando busca lo mejor para sus hijos. Y ellos escuchan, si quieren y parece que casi

no la escuchan. Pero cuando las cosas se tornan tristes y las vidas se complican hasta el extremo, vuelven a recordar las palabras que habían escuchado.

La Palabra de la madre nunca será un reproche; no obstante, enfrenta una vida que se fue lejos, y las consecuencias son incalculables. Tanto tiempo hay que esperar para reconocer los sentimientos e intenciones de la Madre de la humanidad.

El mensaje de la Virgen aún no ha logrado la plenitud de su fuerza. Después del primer impacto y más tarde, de varios momentos muy fuertes, con distintas respuestas, presentimos la hora de la claridad, para que, en fin, la Palabra de la Virgen llegue a la humanidad.

No sé si será pronto, pero no creo que esté muy lejos.

Las cosas se van dando; la realidad está confusa, el mundo está perdido, el hombre no sabe lo que quiere y la confusión sigue generando otros cambios, sin saber los rumbos.

La humanidad debe reaccionar algún día; quizás, cuando no le quede otra cosa que aceptar que no había respondido a la palabra de la Virgen.

La humanidad sabe que la Madre tiene la puerta abierta para sus hijos; más aún, cuando están perdidos y desesperados.

La Virgen nos pide rezar el rosario, y lo hace insistiendo; es que necesitamos mucha luz para el mundo en que vivimos; ese mundo que está por venir, será aún más difícil; pero la oración y el rosario nos harán fuertes.

8. QUIEN HABLA CONTRA EL ESPÍRITU NO SERÁ PERDONADO (Lc 12,8-12)

a. LA DEVOCIÓN A LA VIRGEN

La devoción de la Virgen es castigada aún por aquellos que buscan un camino directo hacia Jesús, sin que Ella esté en el medio, pues la consideran innecesaria.

No obstante, es cierto que esta devoción da muchos frutos en la obra del Señor; es que la Virgen está en las raíces de Jesús en nosotros. Si Él está en nuestra vida, también está Ella; y con Ella, aún ignorada, entramos en la misión de Jesús.

¿Quién comprende bien, el camino de Jesús hacia nosotros, por medio de María, que viene como su Madre?

¿Quién ve el camino del Señor en el mundo, que busca cómo salvarse, mientras Ella está en las raíces de la misión?

Ella está en las raíces de la vida y en cada actitud del Señor en el mundo; y aquí, no hay exageración, el Señor lo había pensado de esta manera, así lo es.

Mientras los teólogos estudian los principios de la Salvación, la gente sencilla reza el rosario; y no necesita saber mucho, pero intuye al Señor, lo que Él les transmite en sus corazones dispuestos a responderle. Pues la obra del Señor está más allá del razonamiento humano que tan sólo nos aproxima a la verdad; es que aún tenemos la fe de un niño que desea intuir el Proyecto que viene del Señor.

En el saludo que nace en el corazón de Isabel, hay un lugar para la Virgen María. Ella es y será bendita por siempre, por el fruto de su Vida, Jesús, por los tiempos que vivimos y que vienen; Ella está en el camino del Señor.

Deseo encontrarte, Virgen María, en mi vida.

Si Jesús ha nacido en mí, ¿dónde estás tú, que vienes en cada nacimiento de tu Hijo? ¿Por qué, tan escondida, aguardas tu lugar silenciosamente, y no te veo por más que estés envuelta en la gran luz?

Hoy, vengo a Fátima a acompañar a los niños; y ellos te ven, se alegran y hablan contigo, mientras me quedo mudo, sólo buscándote.

¡Cómo quisiera verte en mi vida, y que tu luz me envolviese!

Tú, que eres bendita entre las mujeres y bendito es el fruto de tu vientre, ¿cuánto tiempo llevas a Jesús en tu corazón, antes de que Él descienda a mi tierra?

Y estás en el nacimiento de Jesús, casi olvidada, no obstante, feliz.

En la medida en que tu Hijo crece en mí, quiero reconocerte, y como estás; eres bendita y bendito es tu fruto en mi vida.

Con el tiempo, voy descubriendo el sentido del rosario; aún descubro que está inspirado por el Señor; pues hay mucha luz para aquellos que lo rezan con frecuencia.

En la medida en que esta oración entra en mi interior, la veo como el Proyecto del Señor para mí, para que me halle en medio de mi realidad.

Pues, Jesús llega a mi vida por medio de la Virgen, cuando rezo el rosario y lo siento en mi corazón.

Quiero llegar con Jesús, por medio de la Virgen María, a mis hermanos, mientras rezo el rosario, oración que está llena de gracia, tan sólo repitiendo la sagrada Palabra.

Es el Señor, quien salva por medio de su Palabra, que pasa por mi corazón y mis labios.

Y deseo agregar: "Jesús mío, perdónanos, líbranos del fuego del infierno, lleva todas las almas al cielo, especialmente las más necesitadas"; que así sea.

b. EN LA OBRA DEL ESPÍRITU

Señor, aún me cuesta ver tu Proyecto; y me hablas de la confianza que adelanta tus pasos, mientras mi mente vive la oscuridad.

No obstante, quieres que a tu obra la halle en mi corazón; de este modo, la puedo transmitir a mis hermanos para que te reconozcan, mientras ellos viven lo que yo había vivido.

Lo que deseas que les diga de ti, y de la Virgen, lo llevas a mi corazón, donde le das vida, lo unges con tu Espíritu; por eso, esperas la respuesta que será sólo por tu gracia.

La devoción de la Virgen María es la obra del Espíritu; como Él la elige, con el Padre, para ser la Madre de Jesús, hoy, Ella está en su Proyecto. Entonces, quien se olvida de Ella o actúa en su contra, enfrenta la obra del Espíritu en nuestro tiempo; y si queremos comprenderlo, busquemos la Luz del Señor, no la de los hombres que se confunden.

¿Quién reconoce a Jesús ante los hombres?

¿Y quién encuentra a la Virgen María?

Están en el camino de Jesús y Ella, casi adelanta sus pasos en el mundo; como si estuviese precediendo, para estar a la par, en todo.

Los que reconocen a la Virgen María, están en el camino de Jesús, mientras ayudan a los hermanos a encontrarse con Él, a convertirse de verdad.

Si quiero estar en la obra del Señor, me debo guiar por lo que me dice el Espíritu. Frente a los proyectos que los hombres habían elaborado, busco la luz que deseo asumir en mi vida. Hoy, debo encontrar el lugar para Ella; pero si mi palabra no está ungida con el Espíritu, ¿quién la va a escuchar? Y si la escucha, ¿cómo va a responder?

Ven, Espíritu, con tu Proyecto que viene del Padre, para sembrar tu transformación, aún en medio de las muertes de la humanidad; ven en esta hora difícil.

Que los ángeles anuncien al mundo, el Nacimiento de Jesús en medio de la historia; y como aún lo habías anticipado a la Virgen María, Ella lo sigue esperando en nuestras vidas.

Sigo intuyendo el lugar de la Virgen en el gran misterio de la Salvación, pues el Señor me inspira, cuando vivo mi tiempo de preguntas.

¿Qué puedo decir frente a su Proyecto?; si es muy grande, aún menos debo hablar.

No obstante, hablé mucho, usé palabras que confundían; y fue por mi ignorancia, y por la falta del Espíritu.

No es que el Señor hubiese querido que el Espíritu no viniese a mí; yo ni siquiera lo pedía ni lo esperaba.

Porque tuve mis proyectos que fueron pequeños, limitados con mi palabra y mi pobre vivencia; los consideré como que eran del Señor; por eso, no pedí a que viniese el Espíritu, a mi vida.

Tú, Señor, sigues renovando a tu Iglesia.

Ella es primera para ti, pero esperas a que alguien te pida por el Espíritu; que ore por Él, insistiéndote.

Y la Iglesia, que vaya asumiendo el mensaje de la Virgen; que tu Espíritu le dé una nueva luz, para que lo sepa discernir por nuestros tiempos y por los que vienen.

El mensaje de la Virgen tiene su comprensión que crece con los tiempos; tras él, viene el Espíritu que sigue dando luz, vida y fortaleza.

Entonces, que tu Iglesia Señor, transmita con la fuerza del Espíritu, el mensaje de la Virgen María; y que los vientos del Espíritu lo lleven lejos.

Te doy gracias, Señor, por tu modo de actuar, pues Tú sabes

responder aún en medio de los errores que cometen los hombres, y tu Espíritu está más allá de los cálculos humanos. Quizás, debe ser así, para que la luz del mensaje sea aún más resplandeciente, cuando llegue la hora. Ese tiempo está por llegar, el Espíritu lo sigue aguardando; será la hora de la gran claridad, para el mensaje de la Virgen de Fátima.

9. DEN AL SEÑOR

LO QUE ES DEL SEÑOR (Mt 22,15-21)

a. EL TRECE DE OCTUBRE

Llegó el trece de octubre; se reunió mucha gente.

Llovía, pero Lucía pidió que cerrasen los paraguas para rezar el rosario.

Luego, los niños vieron la luz y apareció Ella sobre la encina, como otras veces.

¿Qué es lo que usted me quiere decir?

"Quiero que hagan aquí una capilla en honor mío, que soy la Señora del Rosario, que continúen rezando el Rosario todos los días".

En fin, agregó: "Que no ofendan más a Dios Nuestro Señor, que ya está muy ofendido." Y se fue triste.

¿Por qué la Iglesia de la Virgen de Fátima, en La Pampa?

Alguien podría hablar de una casualidad, como se la quiere ver en las cosas que ocurren; no obstante, aún nos tocan las vivencias, en estas circunstancias.

Esta Iglesia tiene su propio fin, no es sólo una más; y como tiene su importancia, les cuesta levantarla; a la vez, lo que el Señor proyecta, vendrá cuando deba venir, para que su gloria sea aún más grande; el verdadero sentido de lo que acontece, será revelado con mucha claridad.

Me acuerdo de los cuestionamientos que se hacían ustedes, al comenzar a construir el santuario; porque son necesarios y se van a aclarar, cuando el Señor revele lo suyo; y Él lo hará, cuando los hombres se cansen con sus juicios y su proyecto.

¿Qué sentido tendrá la Iglesia de la Virgen de Fátima en estas tierras argentinas, aquí, en las pampas?

No nos apuremos con los juicios; a la obra del Señor hay que

esperarla; porque Él tiene su tiempo para revelarla y aún, que estemos dispuestos a asumir lo que el Señor nos pide.

Mientras tanto, debemos estar atentos para escucharlo, pues Él habla cuando llega la hora; a la vez, el hombre debe estar atento para comprender el camino del Señor, en medio de los proyectos humanos que sólo confunden.

Esta Iglesia será el signo de la presencia de la Virgen, y de la vigencia de su mensaje en nuestro tiempo; aún, será para el pueblo que responde a la Virgen.

Este pueblo debe volver a escuchar su Mensaje, que se hace transparente, como una visión para nosotros, y para estas benditas tierras del Señor.

En este lugar, descubrimos lo que la Virgen habló del rosario y los sacrificios; aquí, recordamos la devoción al Inmaculado Corazón de María y la consagración del mundo por el tiempo que vivimos y por el que viene, por nuestra tierra y por los hermanos; aún, tenemos claridad de la misión en medio del pueblo, al asumir el mensaje de la Virgen como una brasa que arde, y no se apaga en nuestras manos.

Entonces, ¿cómo vamos a responder?

Escuchemos atentamente nuestros corazones; busquemos la respuesta que nos pide la Virgen.

Somos un pueblo privilegiado del Señor.

No somos mejores que otros, pero sí, somos privilegiados.

El Señor quiso que nos encontrásemos con la Virgen; y que creyésemos en su Mensaje y en la misión que nos espera.

Sobre nosotros, están los designios del Señor para llevar este Mensaje a los hermanos; pero que lo hagamos con una nueva mirada para nuestros tiempos; y el Señor espera la respuesta antes de que se finalice la construcción de esta Iglesia.

Una gran luz está por inundar el Templo.

El pueblo la percibe, aún se asusta; pero tu Luz, Señor, es familiar; el pueblo se alimenta con el Mensaje de la Virgen, lo siente profundamente, en su corazón.

¿Adónde lo llevarás, Señor?; no lo sé; sólo lo digo para que el pueblo esté atento.

Algún día, lo sabrá y glorificará al Señor; se abrirá el camino de la paz.

b. EL SEÑOR NOS ILUMINARÁ

El mundo se guía por sus exigencias; se conduce con su ley establecida, como si nos dominase para siempre, mientras el Señor se queda en silencio; pero llega la hora, y su reclamo toma tanta fuerza, que hasta asusta al hombre confundido.

¿Qué nos espera, si no respondemos al Señor?

Aún el hombre no lo ve, y ni siquiera intenta responderle.

Los proyectos del hombre son pequeños pasos del niño que busca cómo escaparse, sin saber hacia dónde.

En cualquier momento, alguien le hará volver, a pesar de que el niño se queje y llore, creyendo en la injusticia.

Los proyectos desnutridos del Señor, son infantiles; a la vez, quieren aparentar que son maduros y eternos.

Si el Señor hubiese sido distinto, se habría reído de nosotros; pensaría: ¿para qué explicar a un niño rebelde y orgulloso? Y todo debe volver a su lugar.

Algún día, el hombre ya reconoce que toda la realidad debe reconstruirse sobre los cimientos del Señor.

Quizás, lo veamos, cuando estemos en medio de las cenizas, si no hay otro tiempo para comprenderlo.

No es que el Señor no lo buscase al hombre, que aún está muy apurado y ni siquiera quiere detenerse; además, vivimos en un mundo disperso, donde hay otros que actúan y fuerzan, mientras que los que ven, aún sufren, al saber que no pueden

hacer nada.

La seguridad resurge en la oración y en el rosario; está en la humilde devoción a la Virgen, en los sacrificios.

Alguien puede ignorar la fuerza de la oración, hasta reírse de los rosarios, pero su risa es muy corta, pues el Señor lleva su Proyecto.

Y la Virgen lo había dicho; los que reciben su luz, lo ven; por eso, hacen lo que Ella les pide; rezan el rosario, en medio de sus vidas de sacrificios, de silencio y de paz.

El Señor nos ilumina constantemente; a la vez, la Virgen nos muestra el alcance de la misión; aún nos dice que Él sigue salvando al mundo; y no es como lo ven los hombres, que destruyen la Obra del Señor.

Mientras el mundo y los hombres llevan su realidad, estamos en el Proyecto del Señor; debemos empezar por nosotros, y aún nuestras vidas se entregan al Señor, por lo que Él espera y lo que nos pide.

Y la Comunidad, que tenga presente la Palabra de la Virgen; que su Mensaje sea como testamento, que resuene por todas partes. Es que el Señor ilumina los pasos que debemos hacer, nos dirá lo justo. Si no lo comprendemos aún, lo importante es que le respondamos con generosidad, creyendo en su obra.

Cuando la Virgen se fue, en Fátima comenzó el milagro del sol que bailaba en el cielo, lanzando haces de luz, llenaba de colores el cielo y el valle.

Luego, el sol empezó a acercarse a la tierra, saltando; parecía que iba a caer; y la multitud asombrada comenzó a gritar: milagro, mientras todos rezaban como podían.

En fin, todo volvió a su lugar y apareció la Virgen vestida de blanco con manto azul, y san José con el Niño, bendiciendo al mundo; su mano hacía un gesto en forma de cruz.

El Señor bendijo al mundo.

Quiero mirar del cielo a la Estrella de la Pampa.
Es una Iglesia y la gracia que surgen de la oración y de los
sacrificios, para los que vienen y escuchan al Señor.
Ciertamente serán muchos para vivir su Milagro.

Prefacio	3
1. Felices los que escuchan la Palabra	5
a. Dios mío, yo creo	5
b. algún día, responderán al Señor	7
2. Jesús, un invitado	11
a. hagan sus sacrificios	11
b. Él obra en los corazones	13
3. El signo de Jonás	17
a. el Cáliz y la Hostia	17
b. el Señor reclama	18
4. La pureza interior	23
a. más brillante que el sol	23
b. ¿cómo miro a mi hermano?	25
5. La justicia y el amor	29
a. recen el rosario	29
b. los que parecen ser justos	31
6. El Señor os pedirá cuenta	35
a. frente al mundo del hombre y del demonio, está la Inmaculada	35
b. un reclamo justo	37
7. No hay nada oculto que no deba ser revelado	39
a. la Consagración a la Virgen	39
b. el odio más fuerte que las armas	41
8. Quien obra contra el Espíritu no será perdonado	43
a. la devoción a la Virgen	43
b. es la obra del Espíritu	45
9. Den al Señor lo que es del Señor	49
a. el trece de octubre	49
b. el Señor nos iluminará	51

